

438814 ✓

LENG HAYGUS, ALFONSO

Alfonso Leng, Compositor Sinfónico

El arte musical de nuestro país ha sufrido una honda conmoción con la muerte del insigne maestro Alfonso Leng, el que, inspirado por su espíritu creador, intimista, lleva a la música nacional la expresión polifónica de un estilo propio en el que conjugábase la tendencia al clasicismo, propio de su sangre de origen germánico, y el ritmo melódico, un tanto sensitivo, que revelaba su fuerza creadora en relación directa a una renovación que no desdeñaba los valores poéticos y, por consecuencia, dramáticos, que forman la intención viva y colorida de la música contemporánea.

Alfonso Leng vivió su existencia de músico creador casi al margen de las primeras resonancias plurales de un arte que iniciábase entre nosotros y que tuvo más tarde en él un notabilísimo sinfonista señalado para crear obras destinadas a ejecución por cuartetos de cuerda.

La maestría del artista —alentada por el dúctil cálamus de Euterpes— no fue ajena a un soplo nativo, muy sutil y recóndito, que no se desdecía con el tono mundialista de la técnica moderna. Los griegos tuvieron en la musa de la armonía sonora algo más que la concertación de los sonidos permanentes de la naturaleza, pues supieron unirla a la expresiva poesía lírica. Esto determinó la convivencia del artista con la juventud literaria que florecía en la época de nuestro centenario. Dos etapas señalan el curso de su formación y tiempo: la ciencia propia de la producción mental y la sensibilidad surgida de un corazón claro hecho para palpar en el ámbito de la más pura y elevada bondad. Su sangre nativa, de la Germania creadora, le impulsó a dos etapas: La épica, la que acude a sentimientos gallardos como en la poesía de Schiller, y la universal, con la genialidad

expresiva pero siempre en tono menor, pese al dramatismo genérico que discurre como sangre viva y ardorosa en el pensamiento goetheano.

Figuró Leng en una promoción de artistas que pertenecían a una semejante generación: el inolvidable Enrique Soro, inspirado en parte por el gusto melódico de Italia; Humberto Allende, inclinado a ideas folklóricas en sus canciones campesinas y pregones callejeros. Poco más tarde, Próspero Bisquert, autor de una refinada y joyosa ópera de motivo oriental, y Acario Cotapos, que por su larga permanencia en París no se sustrajo a las influencias de una modalidad a lo Stravinski. Pero Alfonso Leng conservó su pureza, lejana de toda imitación y glosó en sus famosas *Doloras* el sentimiento nacional en su más depurada esfera. Y dada su compenetración con Pedro Prado, el excepcional lírico en prosa y verso, compone una de sus más hermosas partituras: "La muerte de Aisino", en la que interpreta el patético símbolo del idealista personaje rural. Alfonso Leng perteneció al grupo *Los Diez*, que sostuvo una revista de arte que vino a fusionar en un sólo haz a selectos cultivadores de la belleza. Le he visto ayer, en su actitud eternizada por la muerte, luciendo un crucifijo sobre su pecho. Como su carácter fue su físico: enhiesto sin arrogancia, de acentuado perfil de medalla, que acusaba en su prominente barbilla la demostración de una recia voluntad.

Eramos cordiales comprensores de lo que es el arte para el sustento del alma. Su desaparición es un desgarró en mi ternura de octogenario, pues con el gran artista y noble amigo ha desaparecido para mí un girón brillante de mi lejana juventud.

Eduardo Garrido Merino